

## BREVE MEDITACION EN TORNO DE LOS PRINCIPIOS INTERNACIONALES CLAVES DEL PENSAMIENTO DE MAO TSE-TUNG

SUMARIO: I. *El caudillo-poeta.*—II. *La influencia internacional del pensamiento político de Mao Tse-Tung.*—III. *Aproximación a los principios doctrinales elementales del maoísmo.*—IV. *La impronta internacional de la Revolución Cultural.*

### I. EL CAUDILLO-POETA

Durante muchísimo tiempo los más relevantes pensadores políticos, los más agudos comentaristas de política internacional e incluso algún que otro psicólogo del mundo de Occidente mantuvieron la tesis de que, efectivamente, con la desaparición física de Mao Tse-Tung, las grandes «incógnitas» que, más o menos, desde 1911 caracterizan a China iban a ser reveladas plenamente. Sin embargo, como es harto notorio, al cumplirse el primer aniversario de la muerte del caudillo-poeta (ahora así se le designa dentro del ámbito de no escasos cenáculos intelectuales occidentales) pocas cosas se han dejado traslucir. Penosamente, en verdad, los corresponsales más acreditados de los grandes rotativos mundiales pueden, llegado el momento de ocuparse con profundidad del tema chino, enhebrar algo más de veinte líneas y, una vez más —lo mismo que en vida del líder chino—, los cimientos de la generalidad de esas aseveraciones informativas apenas si tienen solidez arquitectónica. Sigue imperando, pues, el «rumor», la «oficialidad», la «conjetura». Partiendo, por lo tanto, de esta base podríamos subrayar que, aparentemente, en China, tras la muerte de Mao Tse-Tung no ha pasado absolutamente nada, que se respira una radical tranquilidad y que, fría y calculadamente, los actuales dirigentes meditan la reestructuraciones políticas, sociales y económicas que imperativamente habrán de verificarse en el país para, naturalmente, afrontar las no fáciles perspectivas que las décadas que ya se dibujan sobre el horizonte hacen aconsejable emprender. El sepulcral silencio del mundo chino es, sin embargo, roto muy de tarde en tarde por lo que podríamos calificar como simples anécdotas: la caída en des-

gracia de la viuda de Mao, la rehabilitación de Teng, algún ligero enfrentamiento dialéctico con sus recalitrantes vecinos de frontera (no hay razón alguna para no pensar que el conflicto chino-soviético no es una especie de volcán dormido que entra en erupción imprevisiblemente) y, en todo caso, la aparición de determinados reportajes sensacionalistas en los que, para asombro de propios y extraños, se nos «descubre» hasta el más pequeño detalle de la intimidad de tan sumiso y sugestivo país<sup>1</sup>. China, en definitiva, sigue manteniendo cerradas sus murallas y no resulta asequible el saber qué es lo que acontece con esos ochocientos cincuenta millones de almas que están ubicados en su generosa demarcación geográfica. Esta es, en rigor, la más sugestiva de las incógnitas, a saber, que, salvo muy cualificadas excepciones, ochocientos cincuenta millones de seres humanos están condenados, lo quieran o no, a participar en un destino inexorablemente uniformado.

A la vista del aludido silencio no parece honesto el tratar de «teorizar» sobre tantas «incertidumbres». Por lo pronto, eso sí, se puede afirmar que la figura de Mao Tse-Tung era aceptada plenamente por su pueblo, que las consignas insertas en las estrofas de sus poemas o en su célebre *Libro rojo* han sido asimiladas y que, a la postre, sus más cercanos «herederos», y los que solapadamente luchan por la conquista del poder, no han querido a estas alturas precipitar todavía las cosas. El recuerdo, la presencia, la impronta del caudillo-poeta está muy próximo... La prudencia o la astucia, elija el lector de estas reflexiones el término que más le complazca, del pueblo chino se han puesto claramente de relieve al no decidirse impensadamente a transitar por inescrutados caminos. Lo sucedido con Mao Tse-Tung debe mover a profunda meditación a no pocos de los líderes europeos ahora en el poder. Y el caso es que, a la larga, la figura de Mao —cosa que, aquí y ahora, nos atrevemos a pronosticar— será sepultada en el más ingrato de los olvidos y sus años al frente de la nación china serán objeto de inexpugnable repudio. Pero, entendemos, la cortesía, la prudencia y el desapasionamiento —tesis ya expuestas hace siglos por Maquiavelo— son constantes esenciales de cualquier acción política y, sobre todo, ejes sustanciales de toda época de cambio.

---

<sup>1</sup> Por el momento, no tenemos noticias de signo contrario, el primer periodista español que con evidente amplitud ha visitado oficialmente la República Popular de China ha sido Tico MEMINA. Bajo el título de «China ¡Ahora mismo!» el suplemento gráfico de *Los Domingos de ABC* publicó tres importantes reportajes, los números de 1, 8 y 13 de agosto de 1978. El texto del periodista español es harto elocuente de cuanto, a primera vista, acontecía en China en los últimos meses de existencia del presidente Mao Tse-Tung.

A pesar de la fabulosa bibliografía existente sobre su figura, algunas de las principales aportaciones sobre su vida y obra ya han sido analizadas por nosotros en otro lugar<sup>2</sup>, hay razones para pensar que Mao Tse-Tung era un perfecto desconocido. Dos eran, entre otras muchas, las aristas principales de su personalidad: la del poeta excelso y la del cruel déspota. Los autores, por regla general, han estudiado siempre con estudiada preferencia la primera y han silenciado la segunda. Incluso autores como Robert Payne, especialista consumado en la tarea de penetrar en la intimidad de los grandes hombres de nuestro tiempo, nos ha dejado un aguafuerte sobre el líder chino que dista mucho de ser fiel reflejo de la realidad<sup>3</sup>. La falta de objetividad es dramáticamente acusada. Hay, pues, muy pocas biografías fiables y desenfadadas sobre Mao Tse-Tung y sobre sus largos años de gobierno.

Mao, como ha señalado no hace mucho un publicista español<sup>4</sup>, presentaba la imagen del tirano y déspota mítico, con poderes ilimitados en sus manos, satisfaciendo sus caprichos y originalidades, trabajando sobre esa masa amorfa y moldeable en sus manos que era el pueblo chino, con consideraciones parecidas a las que inspiraría a un escultor el moldear la materia muerta que le permite realizar su obra. Pero todo ello no estaba aparentemente rodeado de la brutalidad de un Stalin, o del dogmatismo de un Lenin, sino disfrazado de un revestimiento poético que le hacía más encantador y cautivable para el decadente mundo occidental. Sus frases, como la de «¿Cuál es el bien más valioso de la tierra? El hombre. Nuestro pueblo es pobre y virgen, pero se puede escribir el más hermoso poema en una hoja de papel en blanco», el famoso poema de Las Cien Flores, etc., crearon una imagen de Mao apacible y distinta al rudo pragmatismo exento de toda lírica de un Stalin, o la jerigonza pseudocientífica de un Suslov o de otros dirigentes soviéticos, atrayendo así al intelectual de izquierda con una mística diferente, ofreciendo una nueva imagen revolucionaria impregnada de una poesía *sui generis*, confirmando la

<sup>2</sup> En nuestro libro *De Maquiavelo a la Revolución Cultural maoísta*, editado por Sala, S. A., Madrid, 1973, nos ocupamos con bastante detalle de analizar el fenómeno del maoísmo y, sobre todo, de glosar la bibliografía más acertada que el tema ha suscitado en los últimos veinte años. Igualmente, por nuestra parte, ponemos de relieve la importancia del referido fenómeno en las páginas de la obra del profesor ROGER PELISSIER: *Sobre la Revolución China* —editado por Sala, S. A., Madrid, 1972—. En el prólogo, debido a nuestra pluma, destacamos los matices más peculiares de la célebre Revolución Cultural maoísta.

<sup>3</sup> PAYNE, ROBERT: *Mao Tse-Tung (un luminoso retrato de Mao y de la China del siglo XX)*, Colección Libro Amigo, Editorial Bruguera, S. A., Barcelona, segunda edición, 1975, 336 pp.

<sup>4</sup> MARSTRO, ANGEL: «La muerte de Mao», *Revista Verbo*, serie XV, núm. 150, diciembre, Madrid, 1976, pp. 1.370 y ss.

frase de que los pueblos son movidos por los poetas, a pesar de las peculiaridades de la poesía maoísta.

Es obvio, pues—así nos lo ha indicado un docto especialista en el tema que ocupa nuestra atención<sup>5</sup>—, que el romanticismo fundamental de Mao estuvo equilibrado siempre por un gran sentido de la realidad y de la cautela. Mao rehuyó siempre, en la medida de lo posible, los riesgos innecesarios, las aventuras peligrosas y las confrontaciones masivas. Su concepción estratégica era periférica, indirecta, estaba basada en la sorpresa, la movilidad, la astucia y la paciencia. «Una revolución no sigue una línea recta. Se extiende allí donde puede, retrocede ante la superioridad del enemigo, avanza allí donde se ofrece una posibilidad y posee una paciencia infinita.» ¿Qué es la revolución china sino una epopeya de flexibilidad y de paciencia? Esta es, por otra parte, la lección que perfectamente han asimilado sus más directos «herederos».

No hay duda de que Mao conocía minuciosamente casi todas las reacciones de su pueblo. Reacciones que el propio dirigente gustaba de designar con denominaciones no exentas de un auténtico matiz lírico: *La Gran Marcha*, *Las Cien Flores*, *La Revolución Cultural*, etc. Por otra parte, en comparación con las concepciones ideológicas de algunos líderes coetáneos—no es preciso señalar nombres, puesto que sus imágenes están en la mente de todos nosotros—, desplegó una extraordinaria habilidad para insertar, en cualquier punto o extremo de su programa político la expresión «hombre». Efectivamente, como se ha dicho tantas veces, Mao se dio cuenta de que la salvación del pueblo chino no podía nacer de las intrigas políticas o del parlamentarismo. Las manipulaciones burocráticas dentro de la Comintern y del Partido Comunista chino tenían que repeler a un hombre que, como él, se sentía unido por un vínculo mágico a las masas campesinas. La ciudad era para Mao un símbolo de corrupción, de nepotismo y vanidad. De ahí que a la hora decisiva dirigiera su atención al campo.

Es evidente, y no ganaríamos absolutamente nada con negar esta realidad, que Mao concedió al factor humano una importancia que no encontramos en ningún otro gran líder marxista. Marx y Lenin, por ejemplo, confiaban más en las ideas que en los hombres. Mao, por el contrario, subraya: «El armamento es un factor importante de la guerra, pero no el decisivo; el factor decisivo es el hombre y no

---

<sup>5</sup> SAÑA, HELENO: *El marxismo: su teoría y su praxis*, Editorial Zero, S. A., Algorta (Vizcaya), 1971, p. 136.

otra cosa...». No menos cierto es, y también hay que decirlo, que destruir ese factor fue, en no pocas ocasiones, la irremplazable obsesión que imperaba en la mente de Mao. Así, por ejemplo, la primera fase de la Revolución Cultural, según fuentes dignas de todo crédito, finalizó con hechos extremadamente dramáticos. Esos hechos, curiosamente, fueron acelerados en gran medida por el que se definía como el más fiel intérprete del pensamiento de Mao, el ultraizquierdista de la extrema izquierda, Lin Piao, que llegó a constituir un peligro para el propio Mao Tse-Tung, pues al someter todo a revisión y a su autocrítica, nada, ni el mismo Mao, podía escapar a la misma. Lin Piao fue eliminado físicamente cuando al ver fracasado su plan huía en un reactor de fabricación británica hacia su hasta entonces mortal enemigo, la URSS, y derribado por cazas chinos fieles a Mao, en uno de los sucesos más oscuros de la China moderna.

Los excesos de la Revolución Cultural, llevada al extremismo izquierdista, consiguieron la acentuación del distanciamiento entre China y la URSS, pero dejaron a China en tal situación de confusión y desastre, con unas masas incontroladas como los guardias rojos —una vez más se repite la historia—, que corrían el peligro de convertirse en unos nuevos marineros de Kronstad, con su pureza ideológica, su fanatismo extremo y su demolición sistemática, que Mao hubo de llamar de nuevo al eclipsado Chu En Lai para la implantación de la moderación —dentro de lo que el concepto de «moderación» puede significar en un comunista chino—. Chu aplaca la revolución e inicia el acercamiento con los Estados Unidos. Se preocupa que los «moderados» detenten el mando y el control del partido y del ejército, reforzando la posición de Teng Hsiao Ping, quien aparece como líder de los «moderados».

Tras la muerte de Chu En Lai, como era de suponer, Teng conoce la desgracia y, lógicamente, tras no pocas intrigas se mantiene cierto equilibrio hasta la desaparición del propio Mao. A su muerte, con innegable discreción —como ha señalado un autor<sup>6</sup>—, presenciamos una repetición de lo que fueron en 1953 los sucesos post-stalinianos en la lucha por el poder.

Hoy por hoy, como no pocos comentaristas de política internacional han señalado, las incógnitas sobre el ejercicio del Poder en China han aumentado. La célebre «pandilla de los cuatro» mantiene su solidez y, consecuentemente, Wang Hung-Wen, Chang Chun Chiao, Chiang Ching y Yao Wen-Yuan son nombres dignos de tenerse en

<sup>6</sup> MAESTRO, ANGEL: *Obra citada*, p. 1.375.

cuenta para un inmediato futuro, pero, imprevisiblemente, acaba de producirse un hecho—del que ya han dado cuenta todos los rotativos internacionales e incluso en Moscú se ha podido advertir cierta reacción<sup>7</sup> que, en parte, viene a «complicar» todavía más el panorama chino: la total rehabilitación de Teng. Esta rehabilitación, en la concepción soviética—cuando tras la muerte de Mao se sostenía la esperanza de llegar a una «normalización» entre Pekín y Moscú—, supone un considerable atraso, es decir, que «todo vuelve a ser como antes, pero peor», porque el tiempo no es propicio a la serenidad y porque Pekín ya no duda, como dice Moscú, «en seguir la ruta que le aleja del socialismo y le lleva a manos de los reaccionarios y militaristas del imperialismo», léase Tokio y Washington. Es evidente, a todos los efectos, que estamos ante un compás de espera de elocuente significado puesto que, como por todas partes se deja traslucir, impera el miedo hacia no pocas cosas.

## II. LA INFLUENCIA INTERNACIONAL DEL PENSAMIENTO POLÍTICO DE MAO TSE-TUNG

No se le puede escatimar a Mao el mérito de haber transformado el marxismo a su imagen y semejanza y, sobre todo, haberle dado una dimensión de mayor alcance que la otorgada por la versión soviética. Es muy probable—y afirmamos esto para curarnos en salud—que la divulgación del marxismo maoísta, tan evidente en todas partes del mundo, se deba a razones de estricto *snobismo*. Pero, de todas formas, no se puede negar que la ideología maoísta va convirtiéndose en una auténtica alternativa política. Esa divulgación, esa vertiginosa expansión, ha coincidido, bien claro es, con lo que podríamos considerar la «superación» de los tópicos. En efecto, como ha subrayado Herrlee G. Creel en un bellísimo libro<sup>8</sup>, «las naciones de Occidente han mirado durante mucho tiempo a China con un desprecio mal disimulado. Incapaz siquiera de mantener su propia casa en orden, se la consideraba una cantidad despreciable en los asuntos internacionales. Los occidentales, desconocedores de la historia de China, la habían descartado con el dictamen de que "los chinos no saben com-

<sup>7</sup> PEDRÓS, RAMÓN: «Primera reacción soviética a la rehabilitación de Teng». Crónica remitida desde Moscú y publicada en el diario ABC, primera edición, el día 11 de agosto de 1977, p. 18.

<sup>8</sup> CREEL, HERRLEE G.: *El pensamiento chino desde Confucio hasta Mao Tse-Tung*, Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1976, 322 p. (cita en concreto: p. 290).

batir". Este mito quedó desmentido en los campos de batalla de Corea. Y la especulación acerca del paso inmediato que los comunistas chinos vayan a dar tiene desveladas a todas las principales capitales del mundo. China ya no es despreciable...».

Puede afirmarse dogmáticamente, sin miedo al error, que el marxismo ha podido implantarse en China, transformarse y adaptarse a las peculiaridades propias del ámbito geográfico gracias a la habilidad del presidente Mao. Es obvio, en todo caso —existe por ahí un librito en el que se demuestra hasta la saciedad la veracidad de la tesis que pasamos a exponer—, que Marx había pensado, si bien ocasionalmente, en China como campo adecuado para llevar a cabo sus primeros experimentos socio-políticos<sup>9</sup>.

Irónicamente, China, sin haber pasado por el auge capitalista, que Engels predecía en una de sus epístolas, se ha convertido, a través del pensamiento de Mao Tse-Tung, en el país donde quizá ha arraigado mejor el pensamiento marxista. Como es bien sabido, y no es menester entrar en profundidad en esta cuestión, el marxismo había sufrido importantes cambios, con las innovaciones de V. I. Lenin que realizaron la posibilidad de una transformación radical por medio de revoluciones sociales bien guiadas.

Se ha cumplido, pues, la profecía de Marx en su «Revue» de 1850, para la *Neue Rheinische Zeitung*: «Cuando nuestros reaccionarios europeos, en su huida muy próxima a través del Asia, lleguen al fin a la Muralla China, quién sabe si no leerán en la puerta la inscripción: *Republique Chinoise: Liberté, égalité, fraternité.*»

De hecho el «imperio más antiguo e inmóvil de la tierra», después de haber sufrido la penetración de la mercancía de la burguesía inglesa, llevó a cabo una revolución social y política con resultados importantísimos para la actual civilización mundial. Si esto se debió primordialmente a un proceso político-económico preordenado o a un voluntarismo revolucionario, del cual los Taiping habían sido la vanguardia, lo único que no se puede poner en duda ni un solo segundo es la acción personal de Mao Tse-Tung al respecto.

Ahora bien, como coinciden la generalidad de los autores que con alguna profundidad se han ocupado de analizar esta cuestión, no es fácil explicar ni la forma ni el momento en el que el presidente Mao elevó sus ojos por encima de las murallas para acoger y aplicar en el seno del pueblo chino el evangelio marxista. Si examinamos algunos

<sup>9</sup> MARX, C. y ENGELS, F.: *China, ¿fósil viviente o trasmisor revolucionario?*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (Universidad Nacional Autónoma de México), México, 1975, p. 42.

textos doctrinales de Mao Tse-Tung —nos indica un autor ya citado anteriormente por nosotros<sup>10</sup>—, como, por ejemplo, *La nueva democracia* y *Sobre la dictadura democrática del pueblo*, hay poco en ellos que indique que son obra de un chino. El esquema general de pensamiento es marxista; las escasas ilustraciones que hacen referencia a la cultura china parece casi que se han añadido con timidez, por evitar que los escritos resultasen demasiado «extranjeros». Partes considerables de estas obras suenan como paráfrasis en lengua china de folletones comunistas típicos.

Naturalmente, el pueblo chino en general no ha ido tan rápido en su asimilación de la doctrina comunista como su líder Mao Tse-Tung. Pero ha ido a una velocidad que parecería de lo más asombroso a cualquiera que no supiese lo que ha venido sucediendo en China durante los últimos años. En todo el territorio de China comunista no hay más que una consigna: «reeducación». Muchas personas consagran varias horas al día, y muchos millones dedican algún rato diario, al estudio de las obras de Marx, Engels, Lenin, Stalin y Mao Tse-Tung. Bancos, fábricas, sindicatos obreros y municipios organizan y dirigen grupos de estudio. Escuelas especiales imparten cursos de adoctrinamiento de diversa duración. Individuos a quienes políticamente no se considera seguros son sometidos a un adoctrinamiento intensivo. Es probable que no tenga precedentes en toda la historia humana una tentativa como ésta, a escala tan colosal, para cambiar las normas básicas de pensamiento de un pueblo entero tan rápidamente.

Por otra parte, aclaración necesaria, no resulta muy acertado el creer que la tarea llevada a cabo por el presidente Mao ha consistido solamente en establecer las raíces de un proceso de «aculturación» extranjero. Mao y los comunistas chinos han negado en múltiples ocasiones que hubiesen tratado de imponer en China un patrón político, económico o cultural enteramente marxista o ruso. Mao, concretamente, ha negado esto de forma explícita diciendo: «En el pasado China ha sufrido mucho por aceptar ideas extranjeras sin otra razón que la de ser extranjeras. Los comunistas chinos han de tener esto presente al aplicar el marxismo en China. Nosotros debemos efectuar una síntesis genuina entre la verdad universal del marxismo y la práctica concreta de la revolución china. Sólo una vez que hayamos encontrado nuestra propia forma nacional de marxismo resultará éste provechoso.»

---

<sup>10</sup> CREEL, HERRLEE G.: *Obra citada*, p. 291.



Muy pronto, como es bien sabido, el propio pueblo chino y el mundo civilizado advertirían, efectivamente, que el presidente Mao no les había mentido. Gracias a su habilidad, su buena estrella y su inteligencia —puestas de manifiesto desde el momento mismo en que inicia su primera actuación pública: el reclutamiento de los primeros adeptos entre los mineros de Henyang— verificó el milagro de la traducción personal de la doctrina marxista. Tan fuerte fue el impacto doctrinal, tan perfectamente asimilado y ofrecido al pueblo chino —y a los pueblos ubicados más allá de la muralla— que, efectivamente, coincidiendo con la época del «culto a la personalidad» el gran valido Lin Piao, posteriormente como ya hemos apuntado víctima de su propia pureza ideológica, no dudaría en afirmar en el prólogo del libro *Citas del presidente Mao Tse-Tung* —el célebre *Libro Rojo*<sup>11</sup>— que *el camarada Mao Tse-Tung es el más grande marxista-leninista de nuestra época. Ha heredado, defendido y desarrollado de manera genial y creadora y en todos sus aspectos el marxismo-leninismo, elevándolo a una etapa completamente nueva.*

A diferencia del propio Marx, Engels, Lenin y Stalin el desaparecido dirigente chino fue siempre consciente —plenamente consciente— de que no es posible ofrecer al hombre paraísos terrenales. Acaso en esta concepción ideológica nos es dado el encontrar la explicación a su obsesiva manía de establecer, uno tras otro, sucesivos procesos revolucionarios. En efecto, ha dicho uno de sus comentaristas<sup>12</sup>, Mao insistió profundamente en el hecho de que los resortes revolucionarios se quiebran en el momento en que el hombre ha obtenido un cierto nivel de vida y bienestar; y si se estudia el *Libro Rojo* se puede llegar a comprender el motivo de que los pensamientos de Mao se hayan difundido de un modo tan extraordinario y se hayan convertido en un instrumento decisivo dentro de la Revolución. La aspiración de Mao fue el lograr el comunismo integral, y para conquistar esta meta el desaparecido dirigente sabía perfectamente que se necesitaban, entre otras muchas cosas, el cumplimiento de dos condiciones esenciales, a saber: el paso de muchísimos años y el advenimiento, cruento o incruento, de toda una serie de Revoluciones Culturales con el objeto exclusivo de corregir el comportamiento humano y de engrasar los resortes que pueden romperse al alcanzar un sistema de vida acomodaticio...

<sup>11</sup> LIBRO ROJO: *Citas del presidente Mao Tse-Tung*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1966, pp. 1 y ss.

<sup>12</sup> SERVERT, J. N.: *China, gigante del Este*, Biblioteca Cultural RTVE. Editorial Magisterio Español y Editorial Prensa Española, S. A., Madrid, 1976, p. 108.

Cuenta en su haber el extinto presidente Mao, posiblemente como una de sus principales realizaciones políticas, con el hecho de haber sido el creador y el ejecutor de una nueva estrategia. Esta estrategia, nos atrevemos a considerar, constituye la clave de que su figura y su pensamiento haya gozado y siga gozando, en amplios sectores del mundo laboral y universitario de la vieja Europa, de una evidente simpatía popular. Es obvio, naturalmente, que nos estamos refiriendo a sus célebres campañas de masas.

Las campañas de masas, ha señalado un autor español<sup>13</sup>, son una característica distintiva de la escena política china, tanto históricamente, con respecto a los anteriores gobiernos chinos, como comparativamente, en cuanto a otras naciones comunistas, o en vías de desarrollo. Pekín ha confiado siempre en las campañas de masas para movilizar al pueblo chino en apoyo de sus programas políticos y económicos, y las modificaciones de estos programas han supuesto, a su vez, cambios en la naturaleza de las campañas de masas.

Una campaña de masas consiste en una serie de actos organizados y planificados, con un propósito concreto, que habitualmente suponen la movilización de multitudes para que se dediquen a actividades notorias, intensas y concentradas. Las campañas de masas pueden clasificarse según dos criterios: Primero, si incluyen o no incluyen a un grupo objetivo contra el que hay que «luchar». (Por ejemplo, la Campaña de los contrarrevolucionarios de 1950 tuvo un grupo objetivo; la del Estudio de la línea general de la transición socialista, de 1953, no lo tuvo.) Segundo, si la campaña tiene la finalidad de cumplir funciones definidas explícitamente, o difusas. Las campañas «funcionalmente concretas», como la de los «Tres antis» de 1951, y la de los «Cinco antis» del año siguiente, tuvieron el propósito principal de enrolar a la gente en un específico programa político o económico. Las campañas «difusas», como la de «Aprendamos de Lei Feng», en 1963, y la de «Aprendamos del Ejército Popular de Liberación», de 1964, buscaron principalmente crear en el pueblo un nuevo sistema de valores... Claro es que para llevar adelante el contenido doctrinal de cada una de esas campañas ha sido preciso partir siempre, al menos en teoría, de un principio muy concreto: *la confianza en la masa*. El presidente Mao incansablemente lo ha venido repitiendo a lo ancho y a lo largo de su amplio período gubernamental: «Debemos tener confianza en

---

<sup>13</sup> SERVET, J. N.: *Obra citada*, p. 124.

las masas, debemos tener confianza en el Partido. Estos son dos principios fundamentales. Si dudamos de ellos, nada podremos cumplir»<sup>14</sup>.

Si algo, en definitiva, nos sorprende del desaparecido líder chino es la aparente simplicidad de lo que constituyó su férreo programa de gobierno interno y las coordinadas esenciales, casi imperceptibles, del campo de las relaciones internacionales. En cuanto a lo interior, efectivamente, Mao cree interpretar fielmente el pensamiento de Lenin expresado en la obra de éste *El Estado y la Revolución*, en la consecución de los logros que llevarán indefectiblemente a la sociedad comunista, como «elección de oficiales con posibilidad de destituirlos; funciones de los poderes estatales realizadas en su mayoría por cualquier persona que sepa leer y escribir a cambio de la remuneración corriente de un trabajador; todas las funciones despojadas de cualquier privilegio, etc.», y así elimina todas las jerarquías tradicionales en las Fuerzas Armadas chinas, intentando que campesinos, obreros y soldados sean intercambiables, los intelectuales son obligados a efectuar la recolección de las cosechas o a trabajos duros en las fábricas; altos grados militares, categorías de coroneles, son obligados a la limpieza de letrinas, para arrebatárselos totalmente, mediante la reeducación ideológica, los mínimos vestigios residuales de su pensamiento «pequeño-burgués». Según el órgano oficial *Bandera Roja*, «lo más importante es prevenir la aparición del revisionismo durante la etapa transitoria socialista, a fin de evitar la anulación de la revolución». Por eso mismo, a lo largo de su dilatado mandato, el presidente Mao propuso siempre lo que podríamos considerar como la revolución dentro de la revolución y, consecuentemente, la acción del partido sometida a una crítica permanente y constante. Sólo de esta forma, según la consideración del extinto líder, sería posible el último logro de la Historia, la consecución y consolidación de la sociedad comunista<sup>15</sup>. No ha de extrañar en absoluto, justamente, que el programa del presidente Mao sea tan del agrado de quienes, por causas explicables o inexplicables, viven hundidos en la miseria social, política y económica y anhelan, por lo tanto, el establecimiento de una sociedad sustancialmente anárquica, inestable, en continuo peligro. Los tentáculos del maoísmo han llegado así, con radical diafanidad, no sólo al continente europeo, sino incluso a los países de Iberoamérica y a los del Africa Negra. El subdesarrollo, en cualesquiera de sus formas, constituye el caldo de cultivo ideal para el progreso del maoísmo. No es mala cosa, a fin de buscar el oportuno antídoto, el conocer la raíz de la enfermedad...

<sup>14</sup> LIBRO ROJO: *Citas del presidente Mao Tse-Tung*, p. 3.

<sup>15</sup> MAESTRO, ANGEL: *Obra citada*, p. 1.372.

III. APROXIMACIÓN A LOS PRINCIPIOS DOCTRINALES ELEMENTALES DEL MAOÍSMO

No resulta fácil el emitir un diagnóstico sobre lo que el régimen del presidente Mao ha significado dada la carencia de la rigurosidad informativa. No pocos son los autores que hablan del desaparecido dirigente comparándolo a una especie de mito alucinante, e igualmente otros muchos, sin embargo, lo elevan a la cúspide más enhiesta del panegírico. Lo cierto es que con Mao acontece lo mismo que con la propia China, a saber: la irrenunciable supeditación al pasado. Hoy, relativamente, se puede afirmar que el advenimiento de la fuerza política del maoísmo está en deuda con ciertos hechos que tuvieron lugar en las postrimerías del pasado siglo. En efecto, la historia de China no se ha sucedido de manera inalterada por espacio de miles de años, sino que la estructura del sistema imperial ofrecía los medios para desarrollar el cambio y preservar su unidad frente a las fuerzas externas. Sin embargo, para el siglo XIX, la presencia de una corriente invasora que poseía una tecnología moderna colocó en entredicho a las instituciones chinas y propició el surgimiento de un movimiento transformador que ya no se va a inspirar en la tradición, sino que revestirá características decididamente revolucionarias.

Los orígenes remotos de la Revolución china, ha escrito Alfredo Romero Castilla<sup>16</sup>, lo constituyen las revueltas campesinas que esporádicamente se levantaron en contra del sistema imperial, pero estrictamente hablando, la Revolución china se gestó cien años antes del triunfo de los comunistas chinos. Puede decirse sin ninguna exageración que fueron los ingleses y la «guerra del opio», a principios de 1840, los que propiciaron el inicio de la revolución, entendida ésta como un proceso de cambio en las estructuras políticas, económicas y sociales que paulatinamente fue adquiriendo consistencia. El último eslabón de esta cadena fueron los comunistas que lograron dar cohesión a una organización susceptible de ser adaptada a las condiciones de China, en un momento en que el fracaso de otros dirigentes y organizaciones—Sun Yat-sen, Chian Kai-shek y el Kuomintang—lo hacía inminente; y la invasión japonesa ayudaba a fortalecer la unidad nacional. Con el establecimiento del régimen comunista en China se inicia una nueva época que vino a significar su liberación política y económica, y ha fijado las bases que han permitido su engrandecimiento.

<sup>16</sup> ROMERO CASTILLA, ALFREDO: «El mito de China», *Revista de Relaciones Internacionales* (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales), Universidad Nacional Autónoma de México, vol. I, abril-junio, núm. 1, Nueva Epoca, México, 1973, p. 75.

Consecuentemente, a la vista de la afirmación que antecede, no faltan los especialistas en la materia que, efectivamente, consideran que si algún mérito tiene indiscutiblemente Mao Tse-Tung es el haber encontrado una alternativa revolucionaria para China y descubrir que cada país deberá encontrar su propia alternativa a partir de una teoría general y una teoría particular, ambas producto de la práctica revolucionaria.

La práctica es para Mao Tse-Tung origen del conocimiento y camino de transformación social. Es el medio por el cual comprendemos las contradicciones internas de las cosas, y descubrimos las verdades cambiantes, como la realidad misma<sup>17</sup>.

No constituye, por lo tanto, un error el subrayar que, desde Mao Tse-Tung, la China ha podido contar con unas líneas de auténtica política internacional. De todas formas, cosa que es preciso tener muy en cuenta, el papel internacional de China ha sido siempre objeto de incertidumbre y temor. En el pasado se calificaron como crueles y xenófobos sus intentos por liberarse de la opresión extranjera y en el presente se habló continuamente de una China encerrada en sí misma, enemiga acérrima del mundo occidental. De esta manera se pretendió indicar que China no tenía una política exterior y que sus dirigentes eran unos irresponsables, dispuestos a llegar a los peores excesos. A partir de su ingreso en la Organización de las Naciones Unidas —hecho que hemos de contabilizar en el haber personal de Mao Tse-Tung— es evidente que se ha iniciado una nueva era en las relaciones internacionales mantenidas por China. Unas relaciones en las que, hasta la desaparición de Mao, era posible advertir cierta indisimulable preferencia a dialogar con los Estados Unidos de Norteamérica mucho antes que con su vecino de frontera —la Unión Soviética.

Para comprender el alcance del cambio experimentado es preciso, en todo caso, explicar levemente algunas cosas, a saber: A fines del siglo XIX, China fue obligada a entrar en contacto con las potencias imperialistas y su seguidor asiático, el Japón, que vino a determinar una ruptura de su método tradicional de conducción de las relaciones internacionales con los pueblos que no participaban de la tradición cultural china. La aceptación del sistema de relaciones internacionales de origen europeo, basado en el Derecho Internacional, no fue totalmente aceptado. Los dirigentes chinos consideraron en todo momento que su sistema era superior al europeo por estar basado en

---

<sup>17</sup> SIRVENT, CARLOS: «Sociedad, poder político y burocracia: China 1949-1969», *Revista Mexicana de Ciencia Política*, año XVIII, Nueva Epoca, núm. 68, abril-junio, 1972, p. 55.

la ética y no en la fuerza. Esta convicción los condujo durante todo este tiempo a desarrollar una idea muy propia sobre el papel que China debe jugar en el mundo y han proyectado una imagen ética en su política exterior, que en la opinión de algunos autores resulta idéntica a la asumida en el pasado.

Los dirigentes chinos, y en especial el presidente Mao, han dado siempre muchísima más importancia a la política interna que a la externa; esto se debe fundamentalmente al carácter de la Revolución china que busca ante todo el desarrollo global del país. La Revolución significó, además, la liberación de la influencia extranjera que determinó el reencuentro de China con la vieja imagen que había tenido de «país central» y la «adecuó» al momento presente. En consecuencia vuelve a plantear el «aislacionismo» que sirvió de base para la búsqueda dentro de su territorio de un «camino chino» que le permitiera continuar la transformación de su sociedad. Por otro lado, adquiere una vez más la noción de haberse constituido en un «Estado modelo» que ahora emite un mensaje revolucionario, de manera similar a como lo efectuó antaño con su cultura y civilización.

Siguiendo el pensamiento del profesor Romero Castilla parece lícito el afirmar que, en efecto, la política exterior china ha estado configurada en primer término por las preocupaciones internas, pero al mismo tiempo se ha visto condicionada por un contexto internacional que la ha hostilizado desde el principio de su Revolución. Desde este ángulo, el aislacionismo chino no es un fenómeno planteado unilateralmente por China, sino que obedece a la vez a una presión que han ejercido los Estados Unidos y el llamado bloque occidental primero y ha continuado la Unión Soviética después. Dentro de este mismo contexto operan también las fuerzas revolucionarias de los países del llamado Tercer Mundo, con los que China reconoce que tiene una gran afinidad, y es a ellos a quienes considera que su Revolución puede servir de ejemplo<sup>18</sup>.

Por otra parte, es preciso reconocerlo, la imagen que los chinos han tenido del mundo se ha caracterizado—especialmente bajo el mandato del presidente Mao—por la consideración de una división bipolar en la que se enfrentan las fuerzas revolucionarias y las contrarrevolucionarias. Dentro de este marco, los países de Asia, Africa y América Latina se encontraban luchando contra los países imperialistas que encabezaban los Estados Unidos. Este esquema resultaba válido hasta hace algún tiempo, pero ahora se han suscitado diferencias

<sup>18</sup> ROMERO CASTILLA, ALFREDO: *Obra citada*, pp. 78 y ss.

que necesariamente alterarán el panorama de la política mundial y afectarán a China. La división bipolar sigue planteada en términos de capacidad militar, pero en el ámbito político se observa una tendencia a la multipolaridad en la que China tendrá forzosamente que participar.

De los tres grandes períodos o etapas que caracterizan más significativamente el largo mandato del presidente Mao —la Gran Marcha, las Cien Flores y la Revolución Cultural— es, precisamente, en el último cuando, de alguna manera, sintió la necesidad de ocuparse con mayor detenimiento de las relaciones internacionales mantenidas por China. Hoy, pues, nadie puede poner en duda, no obstante la escasez de pertinente información al respecto, que después de la Revolución Cultural se planteó la necesidad de buscar un mejoramiento de las relaciones exteriores. La política dogmática y cerrada del pasado tendía a abrirse, dada la magnitud de la amenaza soviética, y este camino sólo podía conducir a la normalización de sus relaciones con los Estados Unidos. La visita de Nixon marcó el inicio de una nueva época que ha permitido el establecimiento de relaciones con más de ochenta países, entre los que se encuentran Japón, la Alemania Occidental y los Gobiernos que representaban las nuevas corrientes nacionalistas en América Latina.

En todo caso, parece conveniente el recordarlo, el factor determinante de esta nueva situación ha sido de orden esencialmente estratégico; China necesitaba equilibrar sus fuerzas en relación con la URSS, que hacía inevitable su acercamiento con los Estados Unidos. Sin embargo, pese al éxito de sus primeros pasos, la política exterior que China debe aplicar aún precisa de ajustes en su formulación, y ésta dependerá del desarrollo inmediato que tengan los factores externos que la propiciaron y de la habilidad de China para hacer coherente su actuación diplomática con su línea política revolucionaria. Las cosas, y no tratamos de exagerar lo más mínimo, tras la desaparición del presidente Mao no se le ponen muy fáciles a China. El extinto dirigente, quiérase o no, gozaba de un carisma universalmente aceptado. Sin Mao, creemos, China tendrá que buscar nuevos caminos cuando, precisamente, había comenzado a deambular por los primeros. Desde la perspectiva internacional, cuando menos en el primer aniversario de la ausencia del legendario líder, la política exterior china se ha resentido. El balance es, a nuestro parecer, desolador: ningún avance, ninguna posición doctrinal consolidada, ninguna esperanza de entendimiento con su poderoso vecino fronterizo. China, una vez más,

vuelve los ojos hacia su propia intimidad y se predispone a restañar los problemas interiores.

De hecho, salvo de la Unión Soviética, la China está muy lejos del resto del mundo. Consecuentemente, como ha señalado el doctor Hubert Roussellier<sup>19</sup>, lo que en ella ocurre no siempre se comprende fácilmente en los países occidentales, y el alejamiento geográfico, así como el carácter lejano e irreal de los intercambios, mantienen entre nosotros una indiferencia más o menos liberada que da lugar a una sólida ignorancia. Y, sin embargo, es lícito vaticinar que, en las próximas décadas, el peso de este continente en la evolución de la economía mundial habrá de ser fabuloso...

#### IV. LA IMPRONTA INTERNACIONAL DE LA REVOLUCIÓN CULTURAL

Se podría asegurar dogmáticamente que la Revolución Cultural maoísta constituye, sin lugar a dudas, el acontecimiento que más amplia divulgación ha tenido de toda la égida del mandato de Mao. Lógicamente, parece innecesario el subrayarlo, es el acontecimiento que mayor grado de influencia ha obtenido en cualesquiera parte del mundo. Y no deja de ser curioso que, en un principio, la Revolución Cultural parecía, según muchos especialistas<sup>20</sup>, haber intensificado el proverbial aislacionismo chino, enajenando a la República Popular con la mayoría de las naciones no socialistas del mundo, debilitando su organización ministerial encargada de la política exterior y puesto nuevos obstáculos a la entrada en las Naciones Unidas.

Ciertamente, cosa que ahora ya es posible afirmar tras la muerte de Mao Tse-Tung, la Revolución Cultural sacudió violentamente el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular. Una cadena de incidentes dramáticos ocurrieron desde mayo-junio de 1966 hasta agosto de 1967. El principal blanco de los ataques fue, aunque no únicamente, el venerable ministro Chen. Ideológicamente, por otra parte, la Revolución Cultural parecía orientada hacia actitudes de xenofobia, de nacionalismo y etnocentrismo.

La Revolución Cultural significó, a grandes rasgos, una profunda transformación en la vida político-social de China Popular. Particularmente la liberación, dentro del movimiento socialista mundial, del

<sup>19</sup> SALTIERI, J. P., y varios autores más: *La economía según Mao*, Editorial Sagitario, S. A., Barcelona, 1972, p. 11.

<sup>20</sup> PARDINAS, FELIPE: «La Revolución Cultural y la política exterior de China Popular», *Revista Mexicana de Ciencia Política*, año XVIII, Nueva Época, núm. 67, enero-marzo 1972, página 122.



tutelage de la Unión Soviética, abrió el camino a una orientación más radical y más profunda de la política internacional. Paradójicamente, cosa harto probada, los desmanes de los grupos radicales extremistas durante la Revolución Cultural no dañaron considerablemente el prestigio internacional del Gobierno de Pekín. Más bien debemos reconocer lo contrario. A pesar de la intensidad de la marejada de la Revolución Cultural muchas naciones, y aun no pocos Gobiernos, entendieron que todo ese sacudimiento tenía un profundo significado no sólo para China sino para todos los pueblos del mundo. Más que una lucha por el poder entre grupos antagónicos del Partido Comunista Chino, intentaban un paso adelante en la transformación de las estructuras sociales y culturales de un país y de llevar a las relaciones internacionales una posibilidad de honestidad, de afrontamiento con los hechos que han ocurrido en el mundo y de solidaridad entre los países débiles frente a los países fuertes. Esta nueva dirección de la política internacional puede significar la contribución creadora y vigorosa de China Popular a un mundo nuevo de libertad y de igualdad entre las naciones del mundo.

En honor a la verdad, como tantos especialistas han puesto de relieve <sup>21</sup>, nunca resultó fácil, y sobre todo en un principio, entender los objetivos fundamentales de la Revolución Cultural. Después, con el paso del tiempo, se ha podido afirmar, ciertamente, que el proceso de la gran Revolución Cultural constituye uno de los hechos más importantes del movimiento comunista chino. Movimiento que nos demuestra cómo una facción dirigida por Mao Tse-Tung se establece fuera del Partido volviéndose hacia su organización formal, a la que ataca y destruye. Es lo que la viuda de Mao calificaría como «atacarnos a nosotros mismos».

Ha sido preciso, insistimos, el paso de no poco tiempo para que la generalidad de los intelectuales del mundo de Occidente pudiera comprender la grandeza y la significación de la Revolución Cultural. De hecho, como recientemente manifestaba el doctor Giovanni Blumer en la obra—en nuestra opinión la más importante de cuantas al tema se han consagrado <sup>22</sup>—*La Revolución Cultural China*, solamente desde primeros de 1963, cuando la disputa chino-soviética alcanzó carácter abierto a través de publicaciones oficiales, China, como gran potencia, entró en la conciencia del lector medio de periódicos europeo, al cual se le presentaba un «bloque comunista» que empezaba a resquebra-

<sup>21</sup> SIRVENT, CARLOS: *Obra citada*, p. 61.

<sup>22</sup> BLUMER, GIOVANNI: «*La Revolución Cultural china*», Ediciones Península, S. A., Barcelona, 1972, p. 5.

jarse. La serie de razonamientos que habían caracterizado la guerra fría, y en los cuales se dibujaban las desavenencias entre el Partido soviético y el Partido chino, fue usada en Europa y América con el objeto de hacer provechoso, a partir de esta diferenciación, un anticomunismo inhábil...

Por eso mismo, puntualiza el autor que acabamos de citar, cuando se creyó saber que el conflicto chino-soviético había surgido de una insignificancia —porque China pareció oponerse a la política de coexistencia iniciada por la Unión Soviética en 1960— la gente sintió sus sospechas confirmadas. Se regocijaron solemnemente cuando los documentos chinos reprocharon la coexistencia rusa, puesto que «la coexistencia pacífica con el imperialismo americano» significaba traicionar a la revolución. Así el fácil y contundente clisé de la «agresiva China» encontró una cómoda entrada en las cabezas de los europeos medios, con lo cual, además, se prescindió de tomar en consideración que la política de coexistencia no era principalmente reprochada, sino más bien matizada. Los documentos chinos distinguen, en su crítica del revisionismo, entre «coexistencia pacífica entre Estados de sistemas sociales diferentes» y «coexistencia pacífica con el imperialismo americano». La coexistencia pacífica «entre Estados» era aceptada, la coexistencia pacífica con el «imperialismo americano», por el contrario, declararían la guerra...

La Revolución Cultural, consecuentemente, enriqueció la imagen que de la República Popular China se tenía en Europa, y, sobre todo, por la irrupción de Mao Tse-Tung en la política china poniendo de manifiesto que estaba dispuesto a impugnar la parte de ésta que él mismo había esencialmente congestionado.

Mao Tse-Tung demostró, con el hecho al que estamos aludiendo, una vitalidad que es muy rara en hombres de Estado de edad muy avanzada y coronados por el éxito. Lo que realizó con la Revolución Cultural pone de manifiesto no sólo sus habilidades políticas, sino además su profunda comprensión de los engranajes sociales. Un dogmático jamás hubiera llegado a la idea de relativizar una parte de su éxito más asegurado. En la Revolución Cultural se llevó a efecto uno de los más importantes aspectos del pensamiento político de Mao Tse-Tung, es decir, la instalación, a pesar de contratiempos y dificultades momentáneas, de los programas políticos planteados a largo plazo. La manera como Mao Tse-Tung intentó cambiar su aparato peculiar por una categoría de nueva implantación es algo que todavía se ha de demostrar.

Un nuevo aspecto de la Revolución Cultural, según la concepción sostenida por el doctor Giovanni Blumer, fue que la teoría de la lucha de clases era ampliada a la totalidad del aparato estatal y de Partido. Pero esto también significaba que el papel de dirección del Partido Comunista debía someterse a una nueva formulación. Puesto ante la alternativa de aprobar un partido monolítico, cuyo mejor substrato se entregaría a la burocratización y al aburguesamiento, y una nueva conformación con rigurosa controversia, Mao se decidió por esta última y convino en que el partido monolítico debía sufrir transitorios descalabros. Hizo esto en el sentido de que el proceso produciría, a largo término, un efecto positivo para la vida de la sociedad, y de que todos los interesados en el fenómeno podrían aprender mucho. Si Mao Tse-Tung hubiese estado convencido de que la dictadura del proletariado era realizable a través de una interpretación autoritaria del mandato del Partido, presumiblemente nosotros jamás hubiéramos oído nada sobre la Revolución Cultural. Pero hubo un movimiento de las masas de una magnitud y complicación tal como jamás se había visto, y una revolución que ha de ser difícilmente comprensible si sus premisas no llegan a ser conocidas o aceptadas.

En parte muy considerable, y a modo de urgente conclusión, nos parece oportuno el señalar, que Mao Tse-Tung ha sido, a la larga, mucho más original e incisivo, en las innovaciones introducidas al marxismo-leninismo, que el propio Stalin y sus inmediatos sucesores. En efecto, ha escrito Bernd Oelgart<sup>23</sup>, «medio siglo después de Lenin, Mao Tse-Tung emprende —con distintos medios— lo que el primero proyectaba al final de su vida: la reorganización del aparato burocrático del Partido Comunista, la separación de los elementos derechistas de la dirección del Partido Comunista, y el esfuerzo de reeducación de los elementos inadaptados a la realidad social. Los peligros que Stalin y Ordjonikidze representaban para Lenin, Pen Chen (alcalde de Pekín) y Cheu Yank (responsable de la cultura) los representaron para el líder chino. Pero aquí terminan las analogías; ni la forma ni el sentido de la "conspiración" según Lenin y de la Revolución Cultural de Mao Tse-Tung tiene una base común, si no se toman en consideración las direcciones "naturales" del marxismo que son la edificación de un país socialista y la lucha en el interior de éste contra los elementos susceptibles de restaurar la burguesía capitalista».

En realidad, cosa que ya puede afirmarse categóricamente tras el

<sup>23</sup> OELGART, BERND: *Ideólogos e ideologías de la nueva izquierda*, Editorial Anagrama, S. A., Barcelona, 1971, p. 19.

fallecimiento del líder chino, las divergencias entre Stalin y Mao aparecen a un nivel más profundo: Mao se opone a Stalin, e igualmente a los actuales dirigentes soviéticos, a nivel de la concepción del socialismo<sup>24</sup>. Pese a que las líneas divergentes a propósito de la política económica se encuentren en los textos oficiales, las verdaderas realizaciones, las tentativas de aplicación exacta de los presupuestos marxistas —y particularmente de aquellos que tienden a alcanzar el proyecto de desaparición de las clases sociales, fuente de explotación— únicamente son conocidas por los escasos viajeros que han podido visitar China. Pues, en la práctica, tienen menos importancia las predominancias concedidas a tal o cual sector que las formas de gestión, las relaciones instauradas entre la base y el comité central, las relaciones con la masa que, efectivamente, entrañan una importancia capital.

Desde otro punto de vista, todo hay que decirlo, Mao Tse-Tung tuvo otro gran acierto, a saber: la formación de su equipo de propaganda. Justamente, el equipo de propaganda para el pensamiento de Mao Tse-Tung formado en la capital por obreros y campesinos es un equipo de propaganda, según escribe Klaus Menhnert<sup>25</sup>, de un nuevo tipo, combativo y convertido en revolucionario. Se compone principalmente de obreros y fue instaurado según el amplio plan estratégico del presidente Mao. Con su profundo sentimiento de clase proletaria debido al gran jefe, el presidente Mao, con su línea revolucionaria y su fidelidad ilimitada al pensamiento de Mao Tse-Tung, ha luchado al lado de los jóvenes combatientes revolucionarios de la guardia roja y los estudiantes, profesores, obreros y empleados revolucionarios de la universidad Tsinghua. Propagando con todo su corazón las últimas instrucciones del presidente Mao y aplicándolas firmemente, han obtenido ya magníficos resultados. Por esta acción revolucionaria se pone en evidencia de una manera convincente la gran importancia de la clase obrera y de la amplia masa de obreros, campesinos y soldados, y cómo son la fuerza principal de la gran Revolución Cultural proletaria y de la revolución proletaria del sistema de enseñanza.

Podemos subrayar la tesis de que, efectivamente, la originalidad de la política maoísta no se afirma principalmente a nivel técnico sino especialmente a nivel de educación política. Para que pueda instaurarse un cambio profundo que asegure el desarrollo, también es preciso, y casi al mismo tiempo, modificar los valores morales de las masas. «Para nosotros, el estado de espíritu de los hombres cuenta tanto, si no más,

<sup>24</sup> OELGART, BERND: *Obra citada*, p. 34.

<sup>25</sup> MENHNERT, KLAUS: *Pekín y la nueva izquierda*, Editorial Zero, S. A., Algorta (Vizcaya), 1972, p. 204.

que los métodos, por muy perfeccionados que sean. Después de todo, es el hombre quien aplica los métodos, quien utiliza las técnicas, quien decide la marcha del trabajo. Si sus decisiones son justas, si están dictadas por la preocupación del bien colectivo, todo progresa: la producción, la sociedad y el individuo. Creemos, por consiguiente, que las fuerzas espirituales multiplican las fuerzas físicas y que, de hecho, el marxismo-leninismo es la mejor receta para obtener buenas cosechas. Este es el principio central de la enseñanza del presidente Mao y por ésto las cosechas progresan sensiblemente donde sus ideas son aplicadas de manera correcta»<sup>26</sup>.

Puede afirmarse, sin temor a ningún posible error, que el maoísmo, en tanto que ideología o teoría política, sólo existe en la medida en que se considera un método práctico más eficaz que el de la mayoría de los restantes países socialistas. Desaparecido el presidente Mao Tse-Tung existen razones más que suficientes para pensar que su sistema ideológico, lo mismo que ha acaecido con determinados líderes políticos de Occidente de acusada personalidad, no sobrevivirá mucho tiempo. La Historia nos ofrece incontables ejemplos de cómo todas aquellas personas que, en vida, han gozado de un carisma excepcional son pronto olvidados. Y esto, ciertamente, acontece con el dirigente chino. Su mayor peligro, al cumplirse el primer año de su ausencia, no estriba en la sorda lucha por el poder que en Pekín se está llevando a cabo, sino, por el contrario, en la aureola que le coronó en vida. De todas formas, quede aquí registrado, hay algún que otro autor empecinado en demostrarnos todo lo contrario. He aquí, como punto final, las palabras de Paloczi Horvart: «Como poeta entre los dictadores, como filósofo entre los señores feudales, como moralista entre los estadistas, Mao es, ante todo, hijo de la China milenaria. No debe ni puede ser juzgado por suposiciones occidentales referentes al papel del sabio o al efecto de la filosofía moral en la existencia de una nación.

Los chinos, como los japoneses, necesitan siempre un fundamento moral para su ideología política. Para la existencia a lo largo de toda la historia de una nación como China era vital una filosofía moral bien definida. Durante dos mil años, la fuerza de guía y unificación espiritual fue el confucianismo. La fuerza institucional del confucianismo empezó a disminuir al declinar la dinastía Manchú, e hicieron falta decenas de años para que perdiera base, tras la caída de la dinastía que lo sostenía.

<sup>26</sup> OELGART, BERND: *Obra citada*, p. 37.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

El maoísmo tiene una oportunidad de convertirse en el futuro en la nueva ideología política unificadora de China...»<sup>27</sup>.

No son ganas, en rigor, por nuestra parte de proceder a su desmitificación. Pero, juzgamos conveniente advertir que el Caudillo-Poeta ha dejado escrita una frase que mueve a profunda reflexión: «Todo comunista tiene que comprender esta verdad: el poder político surge del fusil.»

En fin, la contemplación y el estudio del fenómeno político-cultural del maoísmo nos lleva a recordar, como un gran humanista español hace tiempo puso de manifiesto<sup>28</sup>, que el comunismo sigue proyectando en el mundo y sobre el mundo una fuerza inmensa, en la cual nadie sabe seguro si los elementos de dispersión prevalecerán sobre las implicaciones comunes y una común coherencia revolucionaria. Sin que esto quiera decir que él no haya ya hecho suya esta vieja sentencia de Confucio: «No hay lugar para dos soles en el cielo, para dos reyes en un país, para dos príncipes en un Estado, ni para dos jefes en una familia.»

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

---

<sup>27</sup> PALOCZI HORVATH, G.: *Mao Tse-Tung*, Editorial Noguer, S. A., Barcelona, 1972, p. 402.

<sup>28</sup> USCATESCU, JORGE: *Proceso al humanismo*, Editorial Guadarrama, S. A., Madrid, 1969, página 213.